

Aspectos culturales de la integración latinoamericana*

FELIPE HERRERA

Prólogo

El presente ensayo tiene por objeto expresar algunas reflexiones acerca de las motivaciones culturales en el actual contexto del desarrollo económico y social de América latina. Lo global de la materia y su intrínseca complejidad nos hace presentar este documento, antes que nada, como una contribución personal a un diálogo que ha tomado vigencia en los últimos años. En nuestros países, la angustia frente a los síntomas tangibles y crecientes de una “alienación cultural”, está determinando que no sólo estudiosos individuales, sino que también sectores representativos de la opinión pública, cuestionen el mérito y alcances intrínsecos de una política para el desarrollo, presentada como panacea de maduración social hasta hace poco.

Las preocupaciones mencionadas fueron recientemente analizadas por Su Santidad Juan Pablo II en un trascendental discurso en la sede de UNESCO en París, en uno de cuyos párrafos se expresa:

“La cultura es un modo específico del “existir” y del “ser” del hombre. El hombre siempre vive según una cultura que le es propia y que a su vez crea entre los hombres un lazo que también

*Documento presentado al Seminario de Integración Latinoamericana convocado por la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Diputados del Brasil, efectuado en octubre de 1980, en Brasilia.

les es peculiar, determinando el carácter interpersonal y social de la existencia humana. *En la unidad* de la cultura, como modo propio de la existencia humana, se arraiga al mismo tiempo *la pluralidad de las culturas* dentro de la cual vive el hombre. En esta pluralidad, el hombre se desarrolla, sin perder no obstante el contacto esencial con la unidad de la cultura como dimensión fundamental y esencial de su existencia y de su ser”.

A nuestro entender, no es una coincidencia que en todas las dimensiones latinoamericanas se analice textualmente el “escenario cultural” como un factor decisivo para enfrentar los presentes y futuros desafíos. La integración latinoamericana, a principios de los '80, está emergiendo como una realidad cada vez más dinámica, y cuyas perspectivas más profundas sólo se pueden captar, precisamente, valorizando el ámbito histórico-cultural de nuestras comunidades, consideradas individual y colectivamente.

Las páginas que siguen sólo pretenden contribuir modestamente con algunas reflexiones acerca de la materia, derivadas de experiencias gestadas en actividades económico-financieras, por una parte, y académicas, por otra, en el cuadro de las últimas décadas de la apasionante realidad latinoamericana.

1. EL ESCENARIO CULTURAL LATINOAMERICANO

a) *La identidad latinoamericana*

Es necesario definir lo que es la “identidad cultural latinoamericana”. Gran parte de los ensayos filosóficos, históricos o sociológicos acerca de América latina como un todo cuestionan una concepción globalizante del hemisferio y llegan, incluso, en algunos casos, a negar la existencia de una América latina como sujeto de una realidad propia y de permanente vigencia. Sin embargo, más allá de las elaboradas diferenciaciones y definiciones que llevan a esta controversia, es un hecho que América latina tiene una presencia histórica, económico-política y cultural en el mundo contemporáneo que tiende progresivamente a afirmarse y que esta realidad es la expresión de un “ser” latinoamericano.

Se podrá cuestionar el aserto anterior argumentando la aparente incapacidad de nuestras naciones para mantener en forma sostenida y progresiva su marcha hacia niveles superiores de integración nacional de toda índole. Puede subrayarse, también, que nuestros vínculos

de “dependencia” de los centros hegemónicos en el concierto internacional tienden a afianzarse. Y más aún, que la “dicotomía” entre lo hispánico y lo lusitano no sólo está aún lejos de ser superada, sino que especialmente, a juicio de muchos pesimistas, sus posibilidades de convergencia son más débiles hoy que ayer.

Estos juicios pertenecen al trasfondo de lo que pudiéramos denominar “nuestra leyenda negra”, sombra permanente con que siempre se ha tratado de rodear a nuestro continente. En algunos casos esa leyenda ha emanado de países política y económicamente más avanzados. En otros, sin embargo, han sido los propios intelectuales y dirigentes latinoamericanos quienes, con cierto “masoquismo”, acentúan preferentemente nuestras intrínsecas debilidades. Esta última crítica deformante es, sin duda, la más peligrosa. En los centros industrialmente más avanzados, con motivo de haberse creado una mayor sensibilidad frente a la emergencia del denominado Tercer Mundo, el rol de América latina tiende a ser más valorizado. Ha sido mi experiencia personal, desde la perspectiva del desarrollo económico, que en los últimos quince años la importancia de América latina en su conjunto y también en la individualidad de sus naciones, tiende a tomar más fuerza.

Este reconocimiento de la mayor gravitación de nuestro continente tiende a manifestarse también por parte de otras regiones del Tercer Mundo. La circunstancia de haber intentado procesos de afirmación nacional desde hace más de ciento cincuenta años, recorriendo caminos que otros pueblos sólo han comenzado a seguir en las últimas décadas, constituye un elemento que podríamos sumar a nuestro “haber” en una coyuntura histórica donde se está buscando “un nuevo orden internacional”.

El “ser” latinoamericano tiene una connotación propia a través de su intrínseca fuerza hacia una integración cultural permanente, que se manifiesta desde el momento mismo en que los navegantes ibéricos desembarcaron en el nuevo continente. Desde el siglo XVI en adelante se ha producido en términos masivos y constantes —y por qué no decir generosos— un proceso sostenido de fusión de valores culturales de distintos orígenes étnicos, entre grupos humanos provenientes de estadios históricos en muy diverso grado de evolución.

La verdadera definición de América latina es haber sido el activo crisol de la absorción recíproca de lo ibérico, lo indígena y lo africano durante los tres últimos siglos. Aunque aparentemente los españoles y portugueses pudieron haber determinado o definido en forma tangi-

ble la fisonomía de esa fusión, de hecho la gravitación autóctona tuvo una fuerza tan determinante que llegó a influir sobre el modelo europeo, proyectándose una forma cultural “indiana” sobre la península. Esta realidad prevaleciente entre los siglos XVI y XVIII se enriquece con los nuevos flujos inmigratorios europeos incorporados al continente a lo largo del siglo XIX y en el presente siglo. Es interesante constatar que estas migraciones siguen, por regla general, la tendencia histórica de una asimilación fluida y no discriminada. Es decir, la aparición de “minorías raciales” que se constituyen en grupos diferenciados y aun en núcleos de poder —como ha sido el caso en los Estados Unidos— no corresponde a la experiencia latinoamericana.

b) *Proyección de lo latinoamericano*

En las últimas décadas el “ser” latinoamericano tiende a proyectarse hacia otras extensiones geográficas. La separación de las regiones del Caribe inglés y holandés de sus antiguas metrópolis ha agregado un interesante escenario geográfico y cultural a un mundo que hasta entonces era predominantemente iberoamericano. El “nuevo” Caribe tiene profundas raíces históricas y étnicas comunes con los otros países latinoamericanos. Esto ayuda a explicar el porqué se ha producido en un plazo relativamente corto un trabajo multinacional conjunto a través de un entendimiento en torno a objetivos comunes. La reciente creación de SELA (Sistema Económico Latinoamericano), iniciativa en cuya realización las nuevas naciones del Caribe tuvieron importante participación, es una experiencia tangible del proceso que estamos destacando.

Las migraciones de los países latinoamericanos y caribeños hacia los Estados Unidos, por circunstancias históricas distintas y sujetas a realidades cambiantes, han tenido un profundo impacto en ese país en los últimos años. Los quince millones de mexicanos, cubanos, portorriqueños, caribeños en general y más recientemente la migración de hombres y mujeres de países al sur del ecuador han tendido a formar una poderosa minoría racial y lingüística en la América sajona, cuyas proyecciones y trascendencia sólo ahora se están dejando sentir.

Agreguemos que desde la revolución de los “claveles rojos”, de abril de 1974, hasta la fecha presente, el proceso de democratización y apertura, tanto en Portugal como en España, está creando un diálogo histórico-cultural de esas naciones con América latina de insospechadas proyecciones.

Hoy podemos hablar con más fundamento que nunca de la existencia de una “dimensión ibérica” para connotar intereses y problemas comunes entre las madres patrias y las naciones que ellas contribuyeron a dar nacimiento.

El término “latinoamericano” se emplea frecuentemente para definir una categoría de desarrollo económico y social más atrasada que la “anglosajona”. Sin embargo, aun cuando esta diferenciación es válida, desde un punto de vista “semántico” lo latinoamericano expresa de hecho una gran convergencia de pueblos que presentan una problemática común. El “ser” latinoamericano es básicamente un proceso histórico-cultural pasado, presente y futuro. La permanente absorción e integración de culturas que se realiza en esta parte del mundo, proyecta una imagen con sus características propias. Es el escenario cultural, de gran potencialidad y de mayor “sino” cosmopolita donde emerge la realidad esencial latinoamericana. De ahí que para nuestras naciones se plantee en forma cada vez más definida la necesidad de políticas culturales que puedan accionar esa realidad.

c) Modernización y progreso

Por su grado de maduración histórica, América latina ha experimentado, en el curso de los últimos treinta años, un profundo impacto de “modernización”. Es en este período, que se inicia con la segunda postguerra, cuando se definen con mayor claridad la naturaleza y características del subdesarrollo, lo que lleva a acuñar una problemática común que abarca a los países que no han alcanzado un grado de crecimiento económico y tecnológico avanzado bajo el concepto genérico del Tercer Mundo.

La preocupación generalizada de la comunidad internacional por superar esas condiciones de subdesarrollo ha hecho surgir teorías y políticas destinadas a acelerar su ritmo de crecimiento económico. Una positiva proyección de ese “zeitgeist” está reflejada en la denominada “Primera Década para el desarrollo de las Naciones Unidas”, que comprende el período de 1960 a 1970 y cuya aspiración ha sido lograr un incremento del producto nacional bruto de los países en vías de desarrollo del orden del cinco por ciento anual. En la orientación de esas políticas se enfatiza el componente de carácter social para alcanzar un desarrollo equilibrado.

Este énfasis desarrollista es en gran parte una nueva versión del concepto filosófico del “progreso”, en boga a partir del siglo XVIII, y

transformado en verdadera filosofía y religión por parte de los países occidentales en el siglo XIX.

América latina puede, en la hora actual, mirar con satisfacción este mandato del “progreso”, en cuanto a las metas alcanzadas por un desarrollo orientado hacia el crecimiento y la acumulación de material. En el curso de una generación se ha operado en el continente un profundo y extendido proceso de cambio en las condiciones de la existencia diaria. Por otra parte, se presencia una duplicación de la población, lo que acarrea nuevas presiones sobre el sistema económico, político y social. Esa mayor población cuenta con un alto porcentaje de menores de veinte años, lo que a su turno crea nuevas realidades sociológicas y culturales. Paralelamente, se observa un extraordinario desarrollo urbano, en la mayoría de los casos, desgraciadamente, efectuado en términos desordenados e ineficientes. Sin embargo, desmintiendo a los agoreros de una catástrofe como producto de la explosión demográfica, las estadísticas señalan que pese al crecimiento poblacional, el promedio del nivel de vida tiende a elevarse. Una parte sustantiva de las alteraciones materiales anotadas responde a mejores condiciones de la productividad en el sistema económico, como consecuencia de un proceso sostenido de industrialización y de mejoras, en ciertos períodos, en las relaciones del intercambio exterior. A ello podemos agregar las más altas tasas de capitalización en lo interno y en lo externo, y el cambio de muchas de las viejas estructuras en función de estas nuevas fuerzas económico-sociales.

Este cuadro que sumariamente estamos describiendo no puede sorprendernos si consideramos los recursos naturales y humanos de América latina, a la luz de una vocación de “progreso”, en el mejor sentido de la tradición occidental. Porque aun cuando América latina sea por esencia el resultado de un mestizaje permanente, su respuesta ante los desafíos del mundo político-económico ha tenido siempre la connotación de la cultura occidental.

En el período colonial los modelos de las metrópolis definen la estructura de la organización social de nuestros países en sus diversos aspectos. Lograda la emancipación se tratan de adoptar los esquemas que se consideraban más avanzados en las sociedades europeas y en los Estados Unidos.

Decimos que “se tratan de adoptar” porque es bien conocida la “dicotomía” permanente que se produce en el siglo XIX entre las aspiraciones culturales e intelectuales de una minoría selecta y las fuerzas regresivas que se expresan en gran parte de estos pueblos en un

caudillismo que determina una historia sangrienta y caótica. Ese caudillismo, sin embargo, aun cuando frustra las aspiraciones de los grupos intelectuales hacia un mayor nivel cultural, proyecta una concepción "progresista" en lo material. No otra cosa representan en la historia latinoamericana los procesos de "modernización" realizados por Porfirio Díaz en México y Vicente Gómez en Venezuela. La apertura indiscriminada hacia el capital extranjero no refleja sólo un acto de dependencia de los centros económicos más avanzados, sino también la creencia de que nuestro atraso y "barbarie" podía ser superado bajo el alero de las sociedades industriales de la época.

América latina tiende así a absorber las concepciones decimonónicas en todas sus proyecciones: en lo económico, en lo educativo, en lo castrense, en la creación artística. Nuestros países cuentan siempre con sectores proclives a las ideas políticas y culturales más avanzadas de las sociedades occidentales. En las primeras décadas del siglo XX esa característica se acentúa. Las transformaciones que siguen a la Primera Guerra Mundial y las nuevas realidades socioculturales de las sociedades más avanzadas tienen, entre nosotros, un reflejo directo.

d) *El conflicto cultural*

Pareciera que el proceso que hemos recordado tiende a mantenerse y repetirse en los últimos treinta años. Sin embargo, los desarrollos de la última generación, por el proceso mismo de aceleración histórica a escala global, han creado un choque entre las realidades culturales decimonónicas que vivimos hasta ahora y los nuevos desafíos de una sociedad cuya prioridad es el crecimiento económico y los niveles de consumo.

El conflicto entre esa realidad histórico-cultural y las nuevas motivaciones y fuerzas que emergen de la denominada "sociedad de consumo" es bien conocido en todo el Tercer Mundo y constituye una de las preocupaciones internacionales más serias. Conservar la "identidad cultural" de los pueblos nuevos se ha transformado en un *slogan* tal vez muchas veces no bien elaborado y definido, pero que expresa el malestar y desajuste propios de una alienación cultural. Es interesante constatar que este hecho ha golpeado más la sensibilidad del nombre latinoamericano que otras situaciones que pudiéramos considerar deformantes dentro de nuestra coexistencia diaria.

El conflicto se agudiza con la revolución, de alcance universal, en los medios de comunicación. El empleo masivo de la radio y de la

televisión ha producido un escenario cultural nuevo que aunque con características distintas entre los diversos países y regiones latinoamericanos, ha creado un proceso de cambio muy similar.

Un parlamentario brasileño reflejaba esta preocupación proponiendo una cruzada nacional indispensable “para la salvación de la cultura brasileña que ahora sufre amenazas por todos lados”, preguntándose “¿qué país es éste que ha llegado a olvidarse de sus héroes substituyéndolos por ridículos mitos importados como los cow-boys del oeste norteamericano, cuya leyenda todos sabemos que es fruto de la imaginación cinematográfica? ¿Qué país es éste que no puede transmitir a las generaciones que llegan ejemplos de hombres simples de nuestro pueblo? Tenemos que salvar lo que resta de la cultura brasileña. Si no lo hacemos corremos el riesgo de amanecer siendo otra nación, en la cual el sentimiento brasileño será apenas una referencia histórica”*.

Esta es una preocupación generalizada en la América contemporánea: tememos a la “alienación cultural”. Sin embargo, por regla general, nos vemos sin otras alternativas u opciones frente a realidades de carácter irreversible, como es el caso de la revolución de los medios audiovisuales. La formación creciente de una opinión y una conciencia de que “algo hay que hacer para evitar la pérdida de nuestra identidad”, es el mejor sustratum para alimentar las perspectivas de políticas culturales que hasta ahora o han sido inexistentes, o bien se han orientado en función de una realidad que terminó con la Segunda Guerra Mundial.

e) *Formas de una alienación cultural*

El proceso de “alienación cultural latinoamericana” es, sin embargo, más profundo que las tangibles erosiones experimentadas por el impacto de los sistemas de vida de los Estados Unidos y de Europa occidental. Tal como hemos señalado, la influencia más determinante en este proceso se produce a través de la presentación de creaciones foráneas en la televisión, en el cine, la música, sistemas de anuncios y propagandas, etc. (“mass media”).

Menos aparentes, pero de igual o mayor trascendencia son las siguientes realidades:

*“Jornal do Brasil”, 28 diciembre 1976.

1° Las técnicas que determinan la producción, circulación y consumo de bienes y servicios, constituyen un reflejo cada día más acentuado de lo que acontece en las sociedades técnica e industrialmente más avanzadas. Mucho se ha discutido acerca de la necesidad de contar con “técnicas intermedias”, gestadas y desarrolladas en función de nuestras “propias” necesidades. Sin embargo, la verdad es que ese planteamiento —sin duda de toda validez— no ha pasado de ser una expresión de buenos deseos, ya que en el hecho la evolución económica y tecnológica latinoamericana se realiza a base de la absorción creciente del “know-how” externo. Esto implica que las perspectivas de un mejoramiento cuantitativo o cualitativo de nuestras actividades dependan estrechamente del exterior.

2° El hecho de que el sistema productivo y consuntivo esté influido grandemente por una ciencia y tecnología externas determina que lo que genéricamente pudiéramos definir como la “formación de recursos humanos”, particularmente el sistema educativo en sus variadas formas, esté también influida fuertemente por modelos externos. Si las posibilidades hacia el “desarrollo modernizante”, de acuerdo con el criterio prevaleciente, están dadas en los estilos económicos y técnicos de las sociedades avanzadas, es consecuente tratar de adoptar aquellos factores que son prerequisites para esos estilos.

Las reformas educacionales están a la orden del día en América latina. Ellas se inspiran cada vez más en las respuestas que dan los países industrializados a la interrogante de cómo adaptar en mejor forma el régimen educativo a las necesidades del mercado del trabajo. Es en el campo de la educación universitaria donde este proceso de “traslado institucional” se hace más evidente. La adaptación se produce no sólo en las denominadas ciencias naturales o exactas, sino también en las ciencias sociales y humanas; esto último contribuye a debilitar el conocimiento y vivencia de nuestros propios valores.

A lo anterior hay que agregar también la tendencia natural de los futuros expertos profesionales por lograr niveles más elevados en su formación mediante estudios en el extranjero, para lo cual las posibilidades de becas y otras formas de asistencia son importantes factores. Las nuevas generaciones latinoamericanas consideran cada vez más que esta nueva “inmersión” formativa en sociedades tecnológicamente más avanzadas les proveerá de mayores antecedentes y conocimientos frente a un “mercado competitivo”, por recursos humanos. No constituye, pues, la tendencia al estudio en el exterior por regla general una aspiración a un perfeccionamiento intrínseco, sino que fundamental-

mente un medio de tener mejores herramientas para enfrentar el nuevo tipo de sociedad modernizante que está emergiendo en América latina. Estas circunstancias son las que ayudan a entender mejor la “fuga de talentos”: hay un alto porcentaje de jóvenes latinoamericanos para los cuales el contorno material y cultural de su propio país es sólo una “mala copia” de la sociedad avanzada, particularmente, de los EE.UU. Si se les dan las circunstancias para realizar su vida en lo que para ellos es el ideal de sociedad, ¿para qué continuar en un camino que disminuye sus propias perspectivas individuales?

3° Lo que hemos anotado en relación a la economía y a la educación se expresa en forma generalizada en otras manifestaciones de la vida social: en la creación institucional y administrativa, en las diversas formas que adopta la vida política y en el régimen de vida familiar.

2. FACTORES PARA UNA AFIRMACION CULTURAL LATINOAMERICANA

a) *Integración cultural*

Al señalar estas nuevas facetas de la realidad cultural latinoamericana no lo hacemos en función de los criterios críticos o de una escala de valores preestablecida, sino como el testimonio de situaciones que limitan la capacidad propia y autónoma de expresión. Tampoco pretendemos plantear la opción de un “latinoamericanismo” excluyente y aislacionista. Ello sería ahistórico, en un continente cuya esencia misma está constituida por la absorción e integración de valores culturales de orígenes diversos, según lo hemos recordado en párrafos anteriores.

La proyección de un “estilo” occidental durante más de cuatro siglos tiene, sin embargo, una característica que la diferencia de la situación actual. Anteriormente, las corrientes culturales se incorporaban en forma “orgánica” a nuestra realidad. Existió una presencia intelectual latinoamericana que, fortalecida por esas corrientes, creó un pensamiento propio. Tal vez la mejor expresión de ese proceso, en el siglo XIX, fue Andrés Bello, y en la misma línea podemos colocar a los “grandes” del pensamiento latinoamericano de ese mismo siglo y de las primeras décadas del siglo XX: Ruy Barbosa, Euclides da Cunha, Joaquim Nabuco, Machado de Assis y Gilberto Freire, en Brasil; los argentinos Echeverría, Alberdi y Sarmiento, Ingenieros, Ugarte, Gálvez y Rojas; los chilenos Lastarria, Bilbao y Vicuña Mackenna; los

caribeños Martí, Hostos y Pedro Henríquez Ureña; los mexicanos Justo Sierra, Vasconcelos y Alfonso Reyes; José Cecilio del Valle, en Centroamérica; Rodó, en Uruguay; Montalvo, en Ecuador; González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre, en el Perú.

Distinta es la situación prevaleciente en la última generación. Salvo excepciones destacadas, particularmente en el campo literario y de las artes plásticas, se tiende a perder la afirmación de lo que nos es propio. Surgen decenas, centenas y miles de especialistas que de hecho forman parte de una realidad cultural externa.

La razón de esta incapacidad de expresión de nuestro “ser” se debe tal vez a la “globalización” acelerada de los grandes desafíos de la época contemporánea y a la incapacidad de América latina de haber proyectado una personalidad propia frente a una “civilización planetaria”.

En más de una oportunidad he sostenido que el proceso económico-político de integración latinoamericana estaba amenazado por una ley de “prescripción histórica”. Los síntomas de esa situación se observan claramente en la actual realidad continental.

Pareciera que en el plano cultural se tiende a producir un proceso análogo. Sin embargo, dada la naturaleza intrínseca del fenómeno cultural, estamos aún en condiciones de encontrar una identidad colectiva. El futuro de América latina, en sus relaciones de toda índole con las demás regiones del mundo, depende precisamente de esa posibilidad de autoafirmación. Es decir, que en función de esa perspectiva está trazado el camino del continente que lo podría llevar a la formación de modelos políticos, sociales y económicos que expresaran nuestra realidad autónoma, permitiéndonos así salir de la faja de los pueblos marginales y dependientes para proyectar y, lo que es más importante, poder actuar de acuerdo con nuestra personalidad específica.

Se podrá argumentar que lo anterior sólo es posible en cuanto haya fuerzas económicas y políticas tangibles que den sustento a esa realidad. Es evidente que si América latina pudiera terminar la “tarea inconclusa” de su unificación, sería “centro de poder” en términos convencionales. Pero aun con obstáculos que superar en el contorno económico-político se puede y se debe afirmar una realidad cultural propia. En las actuales circunstancias, la tarea no parece imposible. En los últimos quince años América latina ha aprendido a conocerse a sí misma y las naciones que la integran tienen una mayor conciencia recíproca de su pasado y destino común. Ha existido una fuerza unificadora cuyo ritmo ha sido más acentuado que los pasos dados a través de la creación de mecanismos *ad hoc* para integrarnos. El mismo

proceso de “modernización”, técnico, científico, económico, educativo e institucional que se produce en todos los ámbitos de la región, ha favorecido el acercamiento de los actores de este nuevo desarrollo histórico. El balance de los resultados de acciones conjuntas de países, grupos, instituciones e individuos que han traspasado las fronteras no ha sido apreciado ni expresado en su verdadera trascendencia.

Aun cuando en su evolución cultural reciente América latina está pagando el precio de deformaciones y aberraciones, se ha abierto, por otra parte, un escenario cultural que podría llevar a una integración profunda de nuestros pueblos, en términos desconocidos en otros períodos históricos con menores posibilidades de comunicación. Es por eso que en el campo del “accionar cultural” deben orientarse las preocupaciones estrictamente nacionales hacia expresiones subregionales y regionales. Las políticas culturales de los países latinoamericanos deberán contar con un importante ingrediente “multinacional”, si desean dar una respuesta efectiva a las tareas y desafíos que se proponen.

Hay, además, otros factores y circunstancias que nos permiten ser optimistas acerca de las perspectivas de nuestras políticas culturales. Pasaremos a resumir esos elementos en los párrafos que siguen.

b) Énfasis internacional por las políticas culturales

En el curso de la presente década se ha gestado una movilización de opiniones, a diversos niveles, acerca de la importancia de la actividad cultural en el proceso de convivencia colectiva. Este nuevo énfasis ha repercutido en la preocupación y acción de los gobiernos y, en general, de instituciones de diversa índole tanto en el plano internacional como nacional.

Sin embargo, ha sido en el foro multinacional representado por la UNESCO, como organismo especializado en la materia, donde el proceso toma una mayor significación. La trascendencia de las últimas conferencias generales acerca del problema de las políticas culturales para la presente década* expresan nítidamente esta nueva perspectiva en estos términos:

*Informe final de la Conferencia Intergubernamental sobre los aspectos institucionales, administrativos y financieros de las políticas culturales. Venecia, agosto-septiembre, 1970.

“Otra fuente del proceso que ha llevado a la noción de la política cultural es el desarrollo, que ha cobrado una importancia bien conocida en el mundo actual, tanto en lo que se refiere a las ideas como a la acción. La idea de desarrollo como política nacional empezó a afirmarse y a extenderse, principalmente en el sistema de las Naciones Unidas, en el decenio 1950-1960. Al principio, su alcance se limitaba a las realidades económicas y se aplicaba casi exclusivamente a la elucidación de los problemas de los países tecnológica y económicamente atrasados, esto es, los países que según esta perspectiva se han venido llamando desde entonces subdesarrollados. Pero también en este caso se ha producido una evolución muy significativa en el decenio de 1960-1970, llamado Primer Decenio para el Desarrollo. En efecto, la noción de desarrollo se ha ampliado, diversificado y profundizado progresivamente hasta englobar, rebasados los aspectos puramente económicos del mejoramiento de la condición humana, los aspectos llamados sociales. Y esto no se debe solamente al descubrimiento de que ciertos factores sociales, tales como la salud, la educación, el empleo, condicionan de hecho el crecimiento económico, sino también que los comportamientos o los motivos que inducen o deberían inducir a las opciones primordiales de un planteamiento global de desarrollo, obedecen a ellos. El hombre es el agente y finalidad del desarrollo. Y este hombre no es la abstracción unidimensional del “homo economicus”; es el ser concreto de la persona en la pluralidad indefinida de sus necesidades, de sus posibilidades y de sus aspiraciones”.

“El centro de gravedad de la noción de desarrollo se ha desplazado, pues, de lo económico a lo social. Hemos llegado ya a un punto en que esta evolución desemboca en lo cultural. Hasta los economistas reconocen ya que o bien el desarrollo es total o no es tal desarrollo y que no es una metáfora hablar del desarrollo cultural; este desarrollo es parte integrante y dimensión propia del desarrollo total”.

Las concepciones anteriores inciden en las nuevas perspectivas de estrategia para el desarrollo internacional en el “Segundo Decenio para el Desarrollo”, en torno al concepto de “calidad de vida”. No basta, para la acción orgánica de la comunidad internacional o de los países aisladamente considerados, un crecimiento de carácter cuantitativo, sino que es indispensable ajustar ese proceso a los requerimientos

más concretos y específicos de hombres que están viviendo en un medio social de carácter cambiante.

Tengamos en cuenta también que la acentuación irreversible de los nacionalismos en el mundo actual, especialmente por parte de los países en vías de desarrollo, no sólo se expresa en una aspiración de conquistar lo que genéricamente podríamos denominar su “independencia económica”, sino también en el encuentro de un destino de carácter histórico, en el que los valores culturales tienen una importancia fundamental. En algunos casos se trata de acentuar o replantear valores que, como consecuencia de un pasado colonial, pueden haberse perdido o diluido; en otros casos, se trata de crear una imagen cultural sobre la base de los elementos propios y distintivos de la existencia de todo pueblo. Estas aspiraciones, como es sabido, tienen muchas veces una dimensión especial en función del reencuentro de las raíces comunes de carácter histórico y cultural de países que a través de los años han vivido desmembrados. Tal es el caso de los países latinoamericanos, de los pueblos árabes y de algunos grupos de países africanos.

De darse las condiciones de desarrollo institucional y técnico en sus países miembros, los organismos internacionales de financiamiento podrían extender su cooperación a promover el desarrollo institucional en el campo de la cultura, a través de planes de asistencia técnica, o bien mediante préstamos para inversión destinados a consolidar, modernizar y expandir los institutos nacionales de financiamiento del desarrollo cultural.

Sería también importante que los organismos internacionales de financiamiento tomaran la iniciativa de financiar estudios básicos que buscaran relacionar, en forma científica, el valor que se puede atribuir al elemento cultural para el desarrollo de una sociedad. Los servicios de la UNESCO encargados del desarrollo cultural han progresado mucho en esta materia con la creación y el establecimiento de una metodología estadística que está tratando de cuantificar los aspectos culturales a los que hemos hecho referencia.

En el caso de que estos organismos multinacionales resolvieran entrar con mayor decisión en el campo del desarrollo cultural de sus países miembros, deberían tener en cuenta, naturalmente, las prioridades que establezcan los propios países dentro de sus planes de desarrollo; al mismo tiempo, deberían concitar en torno de los proyectos por financiar la conjunción de esfuerzos internos en el plano de los recursos, tanto financieros como humanos, dando énfasis al fortalecimiento

institucional que requiere la actividad beneficiada para que, en el largo plazo, ésta pueda disponer de la dosis necesaria de autosustentación.

c) Reacciones frente a la sociedad de consumo

Los procesos históricos tienden a generar sus propias reacciones. Hemos recordado que en América latina ha ido imponiéndose un “estilo de vida” nuevo, como consecuencia del rápido crecimiento económico observable en la última generación.

No podemos extrañarnos de que un “economicismo” y un “tecnicismo” al cual no habíamos estado acostumbrados y que en gran parte ha sido absorbido desde fuera, cree también una insatisfacción en los individuos de una sociedad que, creyéndose destinada originalmente a satisfacer sus propias aspiraciones, ve surgir en la práctica un factor ajeno de creación de nuevos problemas. El predominio incontrollable de ansias de fáciles ganancias, expresado en una especie de “darwinismo” en la lucha por la vida diaria, no había sido presenciado antes por el latinoamericano, y a muchos hace reflexionar acerca de la validez del modelo que se nos ha impuesto. Los “efectos demostrativos” del lujo, de la popularidad fácil y susceptible a comprarse en función de la publicidad, la erosión en los vínculos familiares, etc., nos hace meditar acerca de los méritos y ventajas de un “desarrollismo” ciegamente aplicado.

Por otra parte, el latinoamericano no encuentra la respuesta ideal en los niveles alcanzados por las sociedades más avanzadas. La información internacional proyecta día a día los serios problemas de la ecología, de la criminalidad, de la lucha generacional y la insatisfacción extendida entre el hombre medio de ese mundo que nos habíamos impuesto como modelo digno de imitar. Y lo que es más grave, ya no sólo nos cabe observar en el exterior esos subproductos del progreso, sino que estamos ya sufriendo sus efectos deformantes. Efectivamente, en América latina ya existe alarma por el proceso de destrucción y erosión del medio ambiente, creado por el desarrollo, y muchas de nuestras ciudades se han transformado en centros urbanos caóticos, inhóspitos e inseguros, donde la vida del hombre ha dejado de ser un agrado.

Nada hay de extraño que en contacto con esta nueva realidad el hombre latinoamericano añore las circunstancias de mayor equilibrio y de menor presión social que conociera en períodos anteriores. Es cierto que existe un alto porcentaje de nuestra población que por su juventud

no ha conocido otro estilo del devenir colectivo; sin embargo, los problemas emocionales y el desajuste de esas nuevas generaciones ayudan también a crear un serio interrogante a las formas de vida que hemos tratado de implantar en estas últimas décadas.

Se crea así un ambiente propicio para analizar y valorizar elementos genéricamente denominados “culturales” y que no significan otra cosa que el encuentro equilibrado del hombre con su propio ser, con sus semejantes, con el pasado y con las perspectivas futuras de la sociedad que está destinado a vivir. Es por esta razón que en América latina, tal como en otras partes del “Tercer Mundo”, hay una especial receptividad al concepto del encuentro o reencuentro de una “identidad cultural”. Este concepto, que no ha sido objeto de definiciones más detalladas, surge como una respuesta intuitiva para alcanzar un equilibrio subjetivo y colectivo que las sociedades de consumo parecieran negar. Son especialmente los pueblos del “Tercer Mundo” quienes conservan la memoria de épocas para ellos más armónicas y auténticas donde la “identidad cultural” tiende a hacerse idea fuerza.

d) Tendencias hacia expresiones culturales autóctonas

En el caso de América latina, tal como en otras colectividades que han experimentado deformaciones de su “ser” cultural como consecuencia de las alteraciones en el contexto económico-tecnológico, se está manifestando una tendencia al encuentro de aquellos valores que se consideran autóctonos y que definen históricamente la personalidad de un pueblo. Esta tendencia puede revestir múltiples formas que puede ser o espontánea o dirigida.

Entre esas modalidades presenciamos una nueva vigencia en el estudio de la historia patria o de las biografías de individuos destacados, y el interés intensificado por expresiones de la creación artística de períodos pasados, particularmente la danza, las canciones populares, las expresiones de la arquitectura, de la escultura y de la pintura. Observamos en muchos países un inspirado redescubrimiento de expresiones culturales que habían sido objeto de olvido por largos períodos o que, estando presentes, no se les atribuía mayor valor.

En el mismo orden de ideas subrayamos la importancia que están tomando las expresiones folklóricas en muchos países. América latina se acostumbra durante la época de la influencia europea en nuestra cultura, a considerar las expresiones indígenas, de los sectores rurales o bien aquellas de sectores marginales, como productos empíricos y

primitivos, sin mayor valor intrínseco, llegándose en algunos casos a ignorarlas o soterrarlas para no aparecer como manifestaciones de pueblos “poco civilizados”.

A veces, estos procesos de revivencia de lo autóctono han sido de carácter espontáneo, frecuentemente por la vuelta a estilos más sencillos y auténticos como reacción a etapas imitativas de expresiones culturales foráneas más elaboradas. Sin embargo, ha surgido también una conciencia clara de la necesidad de afirmar una identidad cultural, estimulada por centros de estudios e investigación universitarios, que han logrado promover y orientar la capacidad creadora hacia el reencontro de los valores propios de la cultura nacional.

A manera de ejemplo, podríamos mencionar algunas experiencias tales como los grupos de danzas, que en muchas regiones de América latina han efectuado una resurrección de bailes autóctonos y en otra línea, más inmediata frente a la realidad actual, la “música de protesta” que surge del seno de la canción popular latinoamericana.

e) El artista latinoamericano

Hemos enfocado más bien un contorno cultural latinoamericano de carácter genérico sin referirnos más específicamente a las formas individuales de la creación artística. Importante es recordar sus características, particularmente en la literatura, como asimismo en las artes plásticas, música y expresiones de la arquitectura en muchos países.

Si consideramos la función desempeñada por el “artista” latinoamericano encontraremos en él una de las fuerzas más vigorosas para la afirmación de nuestra identidad cultural. En toda América latina la historia de la cultura testimonia la presencia de creadores que fueron influenciados conjuntamente por su medio y por ideas fuerzas que venían del exterior. La personalidad del artista latinoamericano empieza a definirse en función de una mayor definición política de nuestras repúblicas a fines del siglo pasado aun cuando es difícil generalizar sobre este proceso, ya que el ritmo de evolución de nuestros pueblos ha sido tan diverso.

Las guerras de la independencia, los largos años de anarquía y la inestabilidad política frustraron las posibilidades de una mayor creación artística. Hay historiadores de la cultura que sólo identifican una “personalidad artística latinoamericana” hacia fines del siglo XIX, con la aparición del denominado movimiento “modernista”. Toma en tal sentido especial relevancia la figura de Rubén Darío.

Existe una connotación permanente en el artista latinoamericano; su preocupación tangible por el medio social que lo rodea. La mayoría de nuestros artistas ha tenido una clara conciencia de su “misión social”. Particularmente en las últimas décadas, en que los desniveles y contradicciones de nuestras comunidades se hacen más evidentes no obstante las tendencias ya mencionadas hacia el crecimiento, y en la medida en que se ha producido una mayor conciencia y mejor información sobre la situación de los sectores mayoritarios de nuestras poblaciones, la creación artística ha ido tomando más fuerza en sus definiciones y paralelamente adquiriendo una mayor influencia sobre el medio que le rodea.

Sin negar la importancia de todos los sectores de la creación artística, el proceso anterior se refleja fundamentalmente en la literatura. Aún más, pudiéramos decir que su impacto alcanza no sólo a nuestras propias sociedades, sino que también ha logrado proyectar una imagen de América latina hacia el mundo en general. Allí está la difusión y popularidad de nuestros grandes escritores y poetas contemporáneos, cuyas obras se han transformado en creaciones de trascendencia internacional.

Indudablemente que la función del artista tiene un significado esencial en la búsqueda de una identidad cultural. El artista latinoamericano, que en el siglo XIX y primeras décadas del siglo XX se nutre de la rica evolución cultural occidental, comienza a mirar en la última generación a la propia realidad de nuestro continente y se incorpora a ella, participando y descubriéndole sus auténticas características. La tradición de Rodó tal vez sea la mejor expresión del inicio de este proceso.

Nuestras políticas culturales deberán utilizar esta fuerza como un factor determinante para la preservación de la identidad que se quiere mantener en los pueblos. Sin embargo, obviamente, ellas no podrán definirse en función del artista como ente aislado, sino considerando el conjunto de factores y elementos que determinan una realidad cultural. Su acción deberá estar orientada hacia el estímulo y promoción de individuos cuya creación aún no ha sido reconocida a niveles nacionales o mundiales, poniendo especial énfasis en evitar el “elitismo”, ya que su propósito no es favorecer exclusivamente a los sectores que en forma tradicional han sido los consumidores de los bienes de la cultura. Es decir, que las políticas culturales deberán enfocar el amplio escenario de la realidad cultural de un pueblo, donde el creador individual desempeña, sin duda, una función trascendente.

“En todas partes es invocado el derecho a la cultura propia como uno de los derechos del hombre en la lucha contra las discriminaciones raciales, étnicas, lingüísticas y culturales. Sin perder su función política de liberación, la identidad cultural se extiende al dominio social y económico gracias a la búsqueda actual de un nuevo orden económico internacional. Se hace cada día más evidente que el establecimiento de ese nuevo orden implica que cada país tome plena conciencia de su identidad y vocación”.

(Del plan a mediano plazo de la UNESCO, 1977-1982)

a) *El nuevo enfoque*

América Latina ha estado viviendo un acelerado proceso de crecimiento económico que, desgraciadamente, no pareciera dar la respuesta integral a las inquietudes del hombre latinoamericano, ni consolidar una posición internacional de conjunto en nuestro continente, que lo permitiera transformarse en uno de los grandes “polos” del poder en ese escenario.

Naturalmente, no hemos podido en las páginas anteriores entrar a un análisis en profundidad de los grandes factores condicionantes de nuestra realidad cultural. Sin embargo, hemos mencionado la importancia que ha tenido para el continente, en las últimas décadas, la explosión demográfica, el acelerado y desordenado proceso de urbanización, la gravitación de los sectores mayoritarios de la población de menores de veinte años, la contradicción entre el padrón importado de la sociedad de consumo y la herencia y vigencia de una escala de valores culturales heredada y absorbida sustantivamente de la tradición occidental.

Para el futuro latinoamericano es innegable que el escenario cultural debe constituir uno de los instrumentos decisivos y, por qué no decirlo, el más decisivo de todos. Tal vez, venimos en señalarlo, no ha sido un acaso el reconocimiento cosmopolita de nuestros grandes escritores, a través de los galardones de premios Nobel recibidos en las últimas décadas por Gabriela Mistral, Miguel Angel Asturias y Pablo Neruda. La sensibilidad latinoamericana se siente interpretada en esta hora por sus grandes creadores artístico-literarios.

Nuestra lengua se ha transformado, así, en ariete de un proceso que simultáneamente es de afirmación y de liberación. Carlos Fuentes define bien esta situación cuando expresa: “Si los hispanoamericanos somos capaces de crear nuestro propio modelo de progreso, entonces nuestra lengua es el único vehículo de dar forma, de poner metas, de establecer prioridades, de elaborar críticas para un estilo determinado: de decir todo lo que no pueda decirse de otra manera. Creo que se escriben y se seguirán escribiendo novelas en Hispanoamérica para que, en el momento de ganar esa conciencia, contemos con las armas indispensables para beber el agua y comer los frutos de nuestra verdadera identidad. Entonces esas obras, esos pasos perdidos, esas Rayuelas, esos Cien años de soledad, esas Casas Verdes, esas Señas de identidad, esos Jardines de senderos que se bifurcan, esos Laberintos de la soledad, esos Cantos Generales, aparecerán como “las mitologías sin nombre... anuncio de nuestro porvenir”*.

Las políticas culturales en nuestro continente no pueden enfocarse como frías respuestas burocráticas a aparentes necesidades sectoriales de la sociedad o del hombre. Tienen ellas que ser parte integrante de una realidad continental y nacional. Es por esa circunstancia que el “accionar cultural” en América latina debe proyectarse en diversos planos que van desde la región en su conjunto, hasta pequeñas o aisladas comunidades.

En el campo regional hemos tenido importantes agentes para provocar una movilización en torno a los objetivos culturales. UNESCO ha dado importancia acentuada a los procesos de regionalización, como podemos leer en su último plan de mediano plazo: “Las regiones culturales raramente coinciden con las fronteras políticas. Eso determina que haya aproximaciones, intercambios y relaciones cordiales entre países que comparten un patrimonio cultural común, aun cuando difieren en ciertos aspectos económicos, sociales e ideológicos”. Es interesante recordar que no sólo son grupos de países en vías de desarrollo los que tienden a la regionalización cultural, sino que también países avanzados, cual es el caso de las naciones que integran las comunidades europeas, que, en fecha reciente, discuten nuevos instrumentos de integración y promoción culturales.

En nuestro hemisferio debemos destacar la labor y preocupaciones de la Organización de los Estados Americanos, particularmente desde

**La nueva novela hispanoamericana*, pág. 98. Editorial Joaquín Martiz, México, 1972.

la creación del Consejo Interamericano para la Ciencia, la Educación y la Cultura. También debemos subrayar la importancia que los países del Pacto Andino tienden a darle a la cooperación e integración culturales a través del "Convenio Andrés Bello". En el cuadro de esas preocupaciones se ha planteado la necesidad de crear "mercados comunes" para el libro, para la televisión, para el intercambio educacional, etc. En la práctica, desgraciadamente, a pesar de las declaraciones y de convenciones oficiales bilaterales o multilaterales, los niveles efectivos del trabajo cultural conjunto son aún débiles. Es interesante constatar que tal vez más importante que la convergencia oficial ha sido la convivencia y el intercambio individual o institucional de experiencias en diversos sectores de nuestra creación cultural.

Somos de los convencidos de que el Sistema Económico Latinoamericano (SELA) podría efectuar una importante colaboración en este campo a través de su política prioritaria de crear empresas multinacionales latinoamericanas. Hay actividades culturales donde la multinacionalidad podría tener un firme apoyo a través de empresas de esa naturaleza, *v. gr.*, la industria editorial, cinematográfica, audiovisual, etc.

En el campo de la acción multinacional debemos subrayar la justificada preocupación por una preservación convergente de patrimonios históricos de orígenes comunes. La unidad de América latina se expresa en realidades tangibles de creaciones culturales que sobrepasan nuestras fronteras y que tienen raíces comunes, sean de origen precolumbino, ibérico o mestizo. Recordemos sólo la realidad transnacional del patrimonio histórico maya, del andino, de las expresiones culturales comunes dejadas por las misiones jesuitas en algunos países del Cono Sur, los testimonios arquitectónicos históricos del Caribe gestados durante los siglos XVI al XVIII, etc. Felizmente entidades internacionales y regionales en años recientes han estado preocupadas de estas realidades para el logro de una acción común de diversos gobiernos. Muchas veces lo anterior se ha efectuado como una proyección del pragmatismo del denominado "turismo cultural".

En relación a esta materia debemos anotar que a veces se observa una falta de coincidencia de puntos de vista acerca de la importancia que para un auténtico desarrollo cultural tiene el crecimiento turístico. Hay experiencias que parecen indicar que en muchos casos este último puede "erosionar" las condiciones de la cultura local, desde diversos ángulos. Sin embargo, creemos que es peligroso generalizar; las rela-

ciones entre “turismo” y “cultura” se deben someter a evaluaciones, sobre la base de las experiencias concretas de los últimos años.

La defensa y preservación del patrimonio cultural de la humanidad ha sido una de las proyecciones más interesantes de la cooperación internacional. La UNESCO, particularmente, ha jugado un papel sustantivo en esta acción. En algunos casos se trata de una política concertada para defender y preservar monumentos y creaciones humanas de un valor que trasciende las fronteras nacionales; en otros se ha tratado de cooperar con iniciativas nacionales que persiguen afirmar la imagen del país sobre la base de su propia tradición cultural, como el descubrimiento o la preservación de sus tesoros artísticos o arqueológicos. Naturalmente, las preocupaciones anotadas inciden también en el citado campo del turismo cultural y, en tal sentido, se vinculan al presente con la acción del financiamiento internacional.

b) Recomendaciones y reflexiones finales

Nos atrevemos a subrayar los siguientes aspectos que deben ser objeto de preocupación prioritaria para las políticas culturales de nuestros países:

- 1° La necesidad de incorporar las políticas culturales en el contexto de los planes globales de desarrollo nacional. Obviamente la valoración de la acción cultural debe considerar fundamentalmente la acción individual y de los grupos de diversa naturaleza que sean sus agentes. En función de esa realidad debe visualizarse una acción promotora y coadyuvante del sector público en sus diversas manifestaciones, sea el nivel de los gobiernos centrales o federales, de los estados o provincias, de los municipios, etc.
- 2° Las políticas culturales en América latina necesitan una mejor institucionalización administrativa y legal, para lo cual la comparación de experiencias a nivel regional es de gran importancia.
- 3° Tal vez uno de los aspectos más propuestos es la existencia y efectividad de instrumentos financieros, públicos o privados, que tengan una capacidad promotora para la producción cultural. Tal como lo hemos planteado no hay fórmulas rígidas para estos fines: la respuesta puede estar en estímulos fiscales y crediticios de diversa naturaleza.

Recordemos también la importancia que le hemos asignado a organismos especializados para el financiamiento del desarrollo

cultural. No es una coincidencia que Argentina, hace ya más de diez años, creó el Fondo Nacional de las Artes, anticipándose a una tendencia en boga actualmente en otros países. Recordemos también que fue de otro país del hemisferio, Jamaica, de donde surgió el mensaje para la creación de un sistema internacional de cooperación financiero-cultural que, a partir de 1976, está representado por el Fondo Internacional de Promoción de la Cultura establecido por UNESCO.

- 4° Finalmente, deseamos subrayar la importancia de la creación de Centros de Formación de Recursos Humanos vinculados a las políticas culturales (administradores, planificadores, animadores, etc.) y de unidades encargadas de la investigación en este vasto y complejo campo. Creemos que la rica experiencia universitaria latinoamericana puede servir de punto de apoyo para iniciativas de esta naturaleza, que en todo caso deben tener características multidisciplinarias.

En el permanente e irreversible camino de la convergencia latinoamericana estamos seguros que en los próximos años los conceptos de integración de identidades culturales tendrán cada vez más vigencia y serán cada vez más objeto de las preocupaciones regionales, subregionales y nacionales. Integración e identidad de la cultura de una interesante y única experiencia que se inicia en el siglo XVI y que al final del siglo XX toma una nueva característica, a saber, su inserción con las realidades histórico-culturales de otros pueblos y continentes, de las que hasta ahora poco conocimiento teníamos.

América latina está ya presenciando “un diálogo de culturas” para el cual se encuentra particularmente preparada por su singular proceso de mestizaje. El nuevo orden internacional, que supera una concepción meramente “economicista” de la civilización planetaria, por esencia, implica acentuar la convivencia entre partes diversas. El gran desafío de la humanidad es de cómo permitir que la profundización de los valores nacionales, tendencia aparentemente centrífuga, pueda incorporarse armónicamente en un mundo que física y técnicamente se hace cada vez más estrecho.

Felizmente son muchos los líderes de la comunidad internacional que no sólo han reconocido la necesidad de lograr esa síntesis dialéctica, sino que también están en sus respectivos planos actuando por lograrlo. El actual director general de la UNESCO, A. M'Bow, señala al respecto: “Ni el crecimiento económico, ni el crecimiento científico y

tecnológico pueden ser logrados a costa del sacrificio de la identidad cultural: una futura civilización mundial no tendría sentido si se basara en la uniformidad y en la banalidad y no en el desenvolvimiento de las múltiples originalidades culturales. Por tener sus raíces en la tradición, la cultura es a veces considerada como un obstáculo a la modernización. Pero el hecho de los países que se niegan a posponer su identidad para aceptar modelos extranjeros, lejos de ser un hecho negativo debe ser considerado positivo, tanto del punto de vista nacional como global”*.

*“Metas para el Futuro”, *Correo de Unesco*, mayo 1977.